Edgardo Civallero

Unos libros, una maleta, y muchos viajes en barco

Edgardo Civallero

Unos libros, una maleta, y muchos viajes en barco

elzorro
deabajo
editora

Civallero, Edgardo
Unos libros, una maleta, y muchos viajes en barco / Edgardo Civallero. – Bogotá : El Zorro de Abajo Editora, 2023.
55 p. : il. col.
1. Galápagos. 2. Ecuador. 3. Narrativa. 4. Naturaleza. I. Civallero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civallero, 2023
© de la presente edición digital, 2023, Edgardo Civallero
Diseño de portada e interior: Edgardo Civallero

“Unos libros, una maleta, y muchos viajes en barco” se distribuye bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Edgardo Civallero

Unos libros, una maleta, y muchos viajes en barco

El Zorro de Abajo Editora

Bogotá - 2023

Unos libros, una maleta, y muchos viajes en barco

Crónica de un proyecto bibliotecario en las islas Galápagos

Edgardo Civallero

Islas Galápagos - Ecuador - 2023

El texto original de este artículo, escrito en inglés, fue publicado por la revista académica especializada *Library Quarterly* en junio de 2023.

Prefacio

¿Por qué una biblioteca? ¿Para qué? ¿Cómo ocurre, cómo nace una biblioteca o un servicio bibliotecario? ¿Qué hay detrás? La crónica esbozada en los siguientes párrafos podría haber sido un texto puramente académico que explicara, desde la teoría de las ciencias de la información y los estudios de usuarios, el proceso de diseño de un programa de bibliotecas móviles. Sin embargo, no lo es: se trata de una narración personal que se posiciona en un territorio y en una comunidad determinados y habla desde allí, presentando sensaciones, describiendo el contexto, y explorando los motivos siempre presentes (pero pocas veces mencionados) detrás del nacimiento de esos milagros que seguimos llamando "bibliotecas".

[Descargo de responsabilidad: Este texto ha sido elaborado como una narración de la experiencia personal y profesional del autor durante su estancia en las Islas Galápagos, trabajando incidentalmente para la Fundación Charles Darwin (FCD). Refleja

exclusivamente las opiniones y posiciones del autor. La FCD no se hace responsable de dichas opiniones y posturas, y la información sobre la FCD se proporciona sólo como contexto del relato].

I

Voy recostado en uno de los asientos de última fila de aquella "fibra", que es como les dicen a las lanchas por estos pagos. Se va acabando el mes de septiembre, y con él, 2018 también va enfilando hacia su final. Justo a mis espaldas hay tres motores fuera borda de doscientos caballos que rugen con una furia a mi parecer innecesaria, y me hacen vibrar los tímpanos. Y el resto de mi cuerpo. A los costados, la espuma marina salta en festones que se deshacen en el aire y me van cubriendo con una fina pátina de sal. Por encima de mi cabeza se despliega un cielo de un azul enceguecedor, sin un trazo de nube que empañe su limpieza. Y a mi alrededor, un mar más azul aún, calmo, liso como una pampa de agua.

Un mar que la embarcación en la que viajo —que, por cierto, se llama *Cally*— va cortando en el trayecto desde isla Santa Cruz a isla Isabela. En las Galápagos.

Las lanchas que hacen el recorrido Santa Cruz-Isabela salen todas las mañanas de Puerto Ayora, el puerto de Santa Cruz, a eso de las 7 y vuelven desde Puerto Villamil, el equivalente isabeleño, a las 14. El mismo recorrido puede hacerse en avión, pero es mucho más caro. Y aburrido: a no ser que uno tenga la mala fortuna de viajar un día de mar brava, o que no tolere en absoluto los barcos, el trayecto entre las dos ínsulas es una delicia. Al fin y al cabo, estoy navegando los Mares del Sur, las míticas aguas del Pacífico oriental descritas en sus diarios por piratas y balleneros desde el siglo XVII al XIX. Y antes de desembarcar podré ver esos islotes que llaman "los Cuatro Hermanos", en la esquina suroriental de Isabela, o una extraña caldera volcánica, partida al medio y hundida en el océano, que en los mapas luce como una fina luna menguante y que aparece marcada como "isla Tortuga".

El mío no es un viaje de placer (aunque, para un viajero como yo, cualquier trayecto lo sea, sin importar el motivo). Aunque trataré de hacerme tiempo para conocer algunos de los rincones de Isabela que aún no he pisado, estoy yendo allí para evaluar la posibilidad de implementar un servicio de bibliotecas móviles en las Galápagos, que comience sus actividades precisamente en aquella isla, la mayor del archipiélago: tierra de volcanes encendidos, historias apasionantes y paisajes irreales. Y ninguna biblioteca.

II

Las Islas Galápagos o Archipiélago de Colón (provincia de Galápagos, Ecuador) son un archipiélago volcánico compuesto por 19 islas, 42 islotes y 26 rocas, ubicado en el Pacífico oriental, a 900 kilómetros de la costa oeste de América del Sur.

Aisladas por el mar durante cientos de miles de años, las islas fueron testigos del desarrollo de una fauna y de una flora muy particulares, que eventualmente transformaron a esos pequeños fragmentos de tierra y roca en un verdadero laboratorio evolutivo, con sus medioambientes poblados por una biodiversidad única.

Una biodiversidad que incluye a las únicas iguanas buceadoras del planeta, cormoranes sin vuelos, nopales del tamaño de árboles, pinzones con picos de diseño, y las icónicas tortugas gigantes: esas que dieron su nombre al lugar.

Mezcla de unas tierras bajas pedregosas y desoladas, y unas tierras altas verdes y usualmente cubiertas de nubes y ocultas entre nieblas, las Galápagos fueron "descubiertas" accidentalmente por navegantes españoles en el siglo XV. Fueron apodadas "las Encantadas" por la dificultad que esos marineros tuvieron para ubicarlas en sus cartas: pensaron que cambiaban de lugar por arte de magia y, por ende, las creyeron hechizadas, víctimas de un encantamiento. Esa dificultad —¿o ineptitud?— hispana para localizarlas las convirtieron en un puerto seguro para piratas y corsarios durante los siglos XVII y XVIII, y para cazadores de focas y balleneros más tarde. Después de que las colonias latinoamericanas ganaran su independencia de las coronas ibéricas a principios del siglo XIX, Ecuador reclamó el archipiélago y lo ocupó con pequeñas poblaciones con una historia propia. Y luego de que el *HMS Beagle* se detuviera en sus costas en 1835, durante su famosa expedición alrededor del mundo, y de que Charles Darwin recolectara especímenes y realizara allí las observaciones que lo conducirían a desarrollar su teoría evolutiva, se convirtieron en uno de los destinos favoritos de naturalistas y biólogos de Europa y Norte América.

A inicios del siglo pasado, las Galápagos recibieron prisioneros y colonos de las grandes ciudades ecuatorianas, así como expediciones científicas internacionales. Una de ellas tuvo como resultado la publicación de un libro, *Galápagos: World's End*, que se

convirtió en un *best seller* e inspiró a un puñado de modernos Robinsones europeos a poblar sus inhóspitos paisajes. La presencia humana puso una presión intensa sobre la vida natural insular: muchas de sus especies nativas, cazadas como alimento o fuentes de aceite de alumbrado, o capturadas para acrecentar las insaciables colecciones de museos y zoológicos occidentales, estuvieron al borde de la extinción. A partir de la década de los 40, un colectivo de renombrados científicos europeos y estadounidenses se enfocó en convencer al gobierno ecuatoriano de que declarara a las Galápagos Parque Nacional. Eso ocurrió en 1959, momento en el que se establecieron estrictas medidas para la conservación del archipiélago. Solo se permitió que cuatro islas (Santa Cruz, San Cristóbal, Isabela y Floreana) fueran habitadas, y solamente en dos sectores, que suman el 3% de la superficie insular: una pequeña porción de tierra a orillas del mar (el puerto) y otra en la zona alta, destinada a usos agrícolas. Allí residen los más de 25.000 habitantes estables del archipiélago.

Más tarde, las Galápagos fueron proclamadas, además, Reserva de la Biosfera de la UNESCO, y el primer Patrimonio de la Humanidad declarado por esa organización.

Días después de la creación del Parque Nacional nació en Bruselas la Fundación Charles Darwin (FCD), apoyada por la UNESCO y la Unión Internacional para la Conservación de

la Naturaleza (IUCN, por sus siglas en inglés), con el objetivo de apoyar la protección de las islas y su particular biodiversidad. La FCD estableció su base de trabajo cerca de Puerto Ayora, por entonces un pequeño pueblo con escasos servicios y recursos. Esa base, la Estación Científica Charles Darwin (ECChD), fue inaugurada oficialmente en 1964, con el objetivo de hacer de ella el lugar en el que científicos e investigadores pudieran llevar a cabo su trabajo, intentando entender y describir la naturaleza galapagueña y, al mismo tiempo, identificar las amenazas a su supervivencia.

La ECChD creció hasta transformarse en una institución moderna y bien equipada, donde un colectivo de profesionales altamente cualificados desarrolla sus actividades. Y, al mismo tiempo, se convirtió en el espacio en el cual se preserva la historia de esa labor: las grandes y pequeñas narrativas de los logros académicos, y la memoria social de la conservación de las Galápagos, con todos sus esfuerzos, luchas, conflictos y fracasos a través de las décadas.

Desde un primer momento, en la ECChD hubo un rincón destinado a mantener una colección de libros y revistas. Ese rincón fue creciendo hasta llegar a ser una biblioteca, la cual prestó servicios como tal al menos desde 1971 —el año que figura en el primer inventario conservado— y que fue oficialmente inaugurada en 1979 en su propio

edificio. Fue bautizada "G. T. Corley Smith", en honor a un diplomático británico que ocupó altos cargos dentro de la FCD y que jugó un rol muy importante en el establecimiento de ese repositorio de información.

En la actualidad, la biblioteca de la ECChD es la más antigua, la más grande, la única que jamás cerró sus puertas, y la más activa de todo el archipiélago. A principios de 2018 llegué a Puerto Ayora para ocupar el puesto de coordinador de esa unidad. Con todo lo que ello significa.

III

No puede decirse que las Galápagos hayan sido un territorio fértil en bibliotecas. De las cuatro islas habitadas, solo dos, Santa Cruz y San Cristóbal, cuentan con algún tipo de servicio bibliotecario en el momento en el que garrapateo estas líneas. En la pequeña Floreana no hay unidades de información de ningún tipo (y no hay registro de que las haya habido alguna vez), y en la enorme Isabela hace doce años que la biblioteca municipal, la única de la isla, cerró sus puertas. Allí, los esfuerzos de un grupo de vecinos de Puerto Villamil para conseguir reabrirla o crear una nueva no tuvieron éxito.

En San Cristóbal hubo una pequeña biblioteca municipal, desaparecida en 2014, y otra, cerrada desde hace varios años, en el Centro de Educación Ambiental (CEA) que la FCD mantiene allí, en Puerto Baquerizo Moreno. La única biblioteca activa es privada y se encuentra dentro de la rama que la Universidad San Francisco de Quito tiene en la isla. Por su parte, en Santa Cruz hay una biblioteca, medianamente significativa por el

tamaño de su colección, ubicada en la escuela privada Tomás de Berlanga, en las tierras altas, y una biblioteca privada / municipal en Puerto Ayora —la ciudad más poblada de las Galápagos— que lleva al menos seis años clausurada.

De forma que la biblioteca de la ECChD es, en cierta forma, la más importante del archipiélago. Lo cual, a la vez que representa un honor, conlleva una enorme responsabilidad social y profesional.

Lamentablemente, por su origen y la estructura en la que se encuadra, el perfil de esa biblioteca dista mucho de ser el de una pública o el de una escolar. Su colección es esencialmente científica, y estuvo siempre destinada a responder en primera instancia a las muy específicas necesidades de información de los investigadores que trabajan en la ECChD. Aún así, es la única biblioteca que cuenta con personal permanente, buenos recursos, *know-how* bibliotecológico, y una historia local como facilitadora de acceso a la información. Enfrentado al panorama de escasez bibliotecaria que acabo de describir, en un mundo en donde la información es poder y, hoy más que nunca, una herramienta estratégica no solo para el desarrollo de una sociedad sino también para la conservación del planeta que habitamos, asumí la tarea de cambiar el perfil de la "G. T. Corley Smith" y, al mismo tiempo, la de apoyar la creación de nuevas bibliotecas en

Galápagos y la recuperación de aquellos viejos espacios que, por un motivo u otro, terminaron siendo abandonados.

Mi estrategia inicial fue la de aprovechar las estructuras bibliotecarias ya existentes. Así, a mediados de 2018 comencé a colaborar activamente con actores locales en la reapertura de la biblioteca de Puerto Ayora, llamada "Biblioteca Galápagos para el mundo" y ubicada en un hermoso espacio en pleno centro del pueblo. Y al mismo tiempo lideré la rehabilitación de la colección especializada ubicada en el CEA de Puerto Baquerizo Moreno, una edificación redonda y de techo cónico emplazada en medio de un jardín de especies nativas.

Sin embargo, allí donde no existían estructuras preexistentes, o donde tales estructuras ya no fueran (re)utilizables, me era necesario mostrar o recordar a la población galapagueña —y a sus autoridades— cómo es una biblioteca, cuáles son sus servicios, cuál es su valor y su utilidad. Era preciso colocar pequeñas semillas que, a modo de experiencias-piloto, sirvieran para facilitar el surgimiento de servicios bibliotecarios específicamente destinados a las realidades isleñas, a sus particulares necesidades, a sus recursos siempre escasos... Experiencias que sirviesen para (re)instaurar el interés por las bibliotecas en sociedades sin ellas. Semillas que tuvieran

tiempo para ir echando raíces en su comunidad, respetando los ritmos lentos, dilatados y parsimoniosos que caracterizan la vida en las Galápagos.

En semejante contexto, tuve la idea de poner en marcha un proyecto de bibliotecas móviles que, tomando como base la de la ECChD, su colección y sus recursos, intentara proveer información a los usuarios más necesitados de ella. Un servicio que, a la larga, pudiera desembocar en el nacimiento de una red insular estable, compuesta por bibliotecas de diferentes categorías.

Fue así como nació el proyecto que, en mis apuntes, inicialmente llamé "Bibliotecas viajeras".

Ocurre que antes de implementar una idea de este tipo es preciso realizar una serie de observaciones, mantener charlas, conocer la comunidad, pedir sus opiniones, entender sus inquietudes y necesidades, explorar sus posibilidades… Debe elaborarse y llevarse a cabo desde una perspectiva de desarrollo de base. Era por eso que estaba viajando a Isabela. Caer allí con un proyecto ya armado —tal y como me parecía mejor a mí, desde mi posición profesional— y ponerlo a funcionar (¿o debería decir "imponerlo"?)

no hubiera sido en absoluto aconsejable. Aunque es lo que la gran mayoría de los bibliotecarios del planeta suele hacer.

Isabela
PADRINO $10
Long Island Blue $9
Blue Margarita $9
Piña Colada $8
Margarita $ 8
Saltamontes $8
RUSO BLANCO $9
Pink Lady $8
Galápagos

IV

He dormido un rato. El "anautín", la pastilla que prácticamente todos los viajeros tomamos en Galápagos antes de unos de estos viajes por mar, ha hecho su efecto. Cuando abro los ojos veo la silueta inconfundible de isla Tortuga. Es la señal de que ya nos acercamos al puerto. El muelle principal de Villamil se ubica en el interior de una bahía rodeada de arrecifes, peñascos e islotes. Islotes que, mientras la lancha se acerca, nos reciben cubiertos de pelícanos pardos, de piqueros de patas azules y de pingüinos. Sí, pingüinos. Algunos de ellos —endémicos de Galápagos, y los únicos que viven al norte del Ecuador— pasan nadando al lado de nuestra embarcación mientras el capitán detiene los motores y nos deja flotando allí, en unas aguas locamente turquesas, esperando que los taxis acuáticos hagan el transbordo de los pasajeros desde el barco al muelle.

Los taxis acuáticos son pequeños. Apenas si pueden cargar unas quince personas, que deben repartirse de forma equitativa a ambos lados del bote para que este mantenga el equilibrio y no zozobre. Pago sin rechistar el dólar que cuesta el pasaje, aunque otro pasajero, un turista, pregunta airado al patrón de la barcaza por qué ha de hacer semejante cosa. Por el tono calmo con el que aquel hombre moreno y curtido da su breve explicación —las "fibras" no pueden llegar al embarcadero por falta de profundidad, los taxis se encargan de transportar a los pasajeros hasta allí, y al ganarse la vida haciendo eso necesitan ese pago— intuyo que debe repetir el mismo comentario varias veces al día. Y es que la economía galapagueña depende, sobre todo, del turismo: la agricultura, la ganadería, la pesca y la industria son elementos residuales, prácticamente de supervivencia, en todo el archipiélago. Ese modelo socio-económico dominante, basado casi exclusivamente en la explotación turística de un lugar calificado como "edénico", ha generado no pocos problemas en un territorio fuertemente protegido. Y en el seno de una comunidad que necesita esos ingresos para hacer frente a un costo de vida altísimo, causado por la dependencia de insumos que llegan indefectiblemente desde el continente.

Ya en tierra, me recibe el bramido de los lobos marinos. Están tirados en la vereda, algunos durmiendo la eterna siesta isleña, otros atentos a la llegada de visitantes.

Tengo que sortearlos con cuidado. No porque me vayan a hacer nada: excepto en épocas de apareamiento —cuando los machos se vuelven muy territoriales y agresivos—, los lobos son totalmente pacíficos. Demasiado, diría yo. Pero las normas del Parque Nacional indican que se debe mantener, siempre que sea posible, una distancia prudencial de dos metros de la fauna local.

Dos metros imposibles de respetar con animales que se ubican en medio del paso y ni se inmutan ante la presencia de gente. O directamente se acercan a ella, curiosos. Y es que en este archipiélago esos animales conviven con los seres humanos de una forma pocas veces vista en otros sitios. La confianzuda actitud de los lobos isabeleños —y del resto de la fauna local— es buena prueba de ello.

V

En las islas Galápagos, la conservación medioambiental se presenta como una verdadera bandera, una actividad emblemática, y el caballo de batalla de innumerables políticas, tanto públicas como privadas. Y es, a la vez, fuertemente cuestionada, especialmente por un sector nada despreciable de la población local. En un espacio como ese, tan preñado de conflictos potenciales y reales, una biblioteca podría y debería jugar un rol fundamental, apoyando tanto procesos educativos y divulgativos (aquellos que informen sobre conservación, acciones, riesgos y necesidades) como la toma de decisiones y la propia investigación académica y científica.

Desgraciadamente, y debido a un malentendido tan extendido como discutido, la conservación suele verse solo como una actividad de científicos y ambientalistas, o como una suma de disposiciones de políticos y de medidas de administradores, en

lugar de ser abordada como algo que involucra a toda la sociedad en su conjunto. Tal y como indica la bibliografía especializada desde hace al menos tres décadas, la conservación debe ser un proceso social, sustentado por información actualizada que debe ser transmitida de forma clara a través de canales pertinentes: campañas publicitarias, programas de radio, clases de educación ambiental, actividades de extensión, talleres de capacitación, conferencias, y un largo y rico etcétera.

Una biblioteca está preparada para proporcionar los espacios, las herramientas y las técnicas necesarias para recolectar, organizar, conservar, procesar y transmitir esos saberes, en distintos formatos y soportes, y a través de distintos medios. Las bibliotecas crean ámbitos de encuentro entre el conocimiento y aquellos que lo necesitan, utilizando para ello desde las últimas tecnologías hasta formas muy innovadoras de reutilización de viejas rutinas. Todo ello enmarcado en directrices y programas internacionales como la muy trillada *Agenda2030*, y en procesos mucho más elementales y "de trinchera", como la ciencia ciudadana y el decrecimiento.

Esa es la teoría. Una teoría recogida, entre otros, por el discutido movimiento conocido como *Bibliotecas verdes*. La realidad, sin embargo, es bastante más compleja: las ideas pocas veces se traducen en prácticas, y de existir, tales acciones no siempre obtienen

los resultados esperados. La escasa sistematización de experiencias bibliotecarias, sobre todo a nivel latinoamericano, y la ausencia de una estructura teórica sólida (especialmente en castellano) en el ámbito de la bibliotecología son factores determinantes en esas ausencias.

Cruce de iguanas
Disminuya la velocidad
Iguana crossing
Please drive slowly

VI

En mi camino desde el muelle al hotel, andando bajo un sol inclemente, veo como un grupo de iguanas marinas —unos enormes lagartos negros y crestudos— cruzan la calle principal de Puerto Villamil, una banda de tierra y arena que corre en paralelo a la línea de costa. Como lo llevan haciendo desde que llegaron a la isla hace milenios, se mueven despacio desde sus guaridas entre los manglares hasta el mar. Ida y vuelta. Todos los días. Cuando los humanos levantaron casas y calles en medio de sus rutas ancestrales hacia el océano, ellas no se inmutaron: continuaron recorriendo sus trochas, despacio, firmando la arena y la tierra suelta con sus características huellas, una línea zigzagueante abierta por sus colas escamosas, jalonada por las marcas de sus patas, armadas de fuertes garras curvas.

Los isabeleños colocaron señales en aquellos puntos en donde los caminos de las iguanas intersecan los de los vehículos: unos carteles de madera que alertan a los

conductores del paso de los reptiles. Y es así como cualquier mañana se puede ver al camión de la basura o a las "chivas" —viejos y coloridísimos carromatos provistos de bancos de madera, que llevan pasajeros desde Villamil a las tierras altas— deteniéndose para ceder el paso a una tropilla de iguanas grandes, medianas y pequeñas que se dirigen perezosas a la playa. Animales de sangre fría como son, necesitan el calor del sol para que su metabolismo eche a andar. Y muchas algas para el desayuno.

Así, intentando respetar el ritmo de la naturaleza (y fallando muchas veces), se desarrolla la vida diaria en Isabela. Y en el resto de las Galápagos, rincones en los que seres vivos humanos y no humanos tratan de aprender poco a poco, y no sin conflictos, a compartir el mismo espacio.

Una parte esencial de las políticas de conservación vigentes en el archipiélago se centra en lograr que la población local de "recién llegados" respete a la otra población local, la que arribó aquí montada en troncos o arrastrada por vientos y corrientes hace miles de años. Eso, a pesar de que algunos conservacionistas radicales vean a los humanos como meras especies invasoras, o incluso como una peste que debería ser erradicada para conservar la pureza paradisíaca de las Galápagos. Una pureza que, a

pesar de lo que anuncien los folletos turísticos, hace mucho que dejó de existir, si es que alguna vez la hubo en un planeta absolutamente interconectado.

Otra tarea para una biblioteca: borrar estereotipos, deshacer relatos románticos o interesados, y construir un discurso más atento a la realidad y a sus consecuencias.

VII

Me alojo en un hotel que se llama "La Jungla" y que se levanta entre un bosque de *jelíes* o mangles de botón en el límite occidental de Puerto Villamil. Más al oeste comienza el Parque Nacional Galápagos y en esas tierras, innecesario decirlo, está prohibido construir. En realidad, está prohibido entrar: las visitas al Parque Nacional se limitan a un puñado de sitios autorizados y, en líneas generales, deben realizarse siempre con el acompañamiento de un guía naturalista oficial y en el marco de un *tour* turístico.

El hotel está muy bien ubicado: por el sur, se asoma a Playa Larga, una banda de blanca arena coralina que se extiende desde donde yo estoy hasta un par de kilómetros más allá. Al oeste y al norte hay bosques de manglares frondosos entre los que cantan las exóticas reinitas amarillas y chillan un montón de pinzones de Darwin. Y

al este están las lagunas, una serie de reservorios de agua bermeja de escasa profundidad, en donde viven teros reales, patos, gallinetas y flamencos de Galápagos.

Salgo de "La Jungla", camino medio centenar de metros y me paro al inicio del camino que me llevará, a través de pasarelas de madera, a cruzar por encima de esas lagunas y luego, por senderos de tierra y piedra, hasta el criadero local de tortugas gigantes, gestionado por personal del Parque Nacional. Apenas empiezo a andar ya me encuentro rodeado de agua, mangles y plantas acuáticas. Sobre la pasarela dormita un escuadrón de iguanas de todos los tamaños. Bajo ella flota una pareja de patos que me dedican una mirada que aseguraría ser de hastío: al fin y al cabo, para ellos no soy más que el enésimo turista curioso y fotografiante de la semana. Y un poco más allá, un magnífico flamenco rosado va pisando el fondo barroso de la laguna con sus patas kilométricas y segando el líquido —colorado, turbio— con su pico curvo, a la caza de quisquillas y de esos otros crustáceos diminutos que componen su dieta.

Más adelante me topo con otra iguana, que se desplaza nadando por aquel espejo de agua salobre. Va contorneándose, haciendo unas eses muy rumberas con el lomo, y dejando una huella nebulosa de barro removido tras ella. Una pareja de teros camina por un islote de arena, y media docena de libélulas se me atraviesan. Vivir aquí

significa estar en contacto directo, todos los días, todo el tiempo, con toda esta biodiversidad. Para el visitante resulta mágico, maravilloso, una experiencia única. Sin embargo, para el residente puede distar mucho de ser tan sublime: en un sitio tan protegido y con tantas limitaciones (comenzando por las de espacio y recursos), la vida cotidiana puede llegar a ser un poco incómoda.

Tras varios meses residiendo aquí, he descubierto que tocar ese tema es tabú. Declarar incomodidades, aseverar que no se vive en el paraíso, quejarse incluso, es algo que no está bien visto. Pero basta entrar en confianza con los locales (y con algunos visitantes de larga data) para que comiencen a aparecer historias de todos los colores sobre las vivencias en "las Encantadas". Y es ahí cuando uno puede redactar una larga lista de presiones, conflictos, choques e intereses creados que desdibujan un poco —o un mucho— la imagen edénica con la que se venden las Galápagos.

Todo eso, esa naturaleza y ese territorio, y todas esas vivencias hermosas y conflictivas, compone la memoria social del lugar: conocimientos hilados y entretejidos a lo largo de las generaciones, a través de miles de experiencias vividas y transmitidas. Y es algo de lo que una biblioteca también debería ocuparse. Especialmente en

procesos de conservación que deberían dialogarse desde una perspectiva *bottom-to-top*, en lugar de ser impuestos desde una posición *top-to-bottom*.

Las bibliotecas son —o pueden, o deberían ser— espacios en los que se tejan memorias, se dialoguen opiniones, se siembren resistencias. Visto lo visto, todo ello sería sumamente útil aquí.

VIII

La vida cultural en el archipiélago es ciertamente limitada. La ausencia de bibliotecas da una pista clara de ello. Hay una notoria carencia de lugares en donde se desarrollen actividades como teatro o música, o de actividades relacionadas con la lectura, la escritura o el arte. De estas últimas, *haberlas haylas*, como reza el dicho gallego, pero se ven sometidas a severas limitaciones. Y eso termina por notarse. La educación adolece de los mismos males, males compartidos por la sanidad y por otros servicios: la distancia y el relativo aislamiento al que se ven sometidas las islas terminan, cómo ignorarlo, haciendo mella en la calidad de vida de sus habitantes. La solución más habitual es buscar todo lo que falta en las ciudades del Ecuador continental, sobre todo Guayaquil o Quito. Con la inversión de tiempo y dinero que ello significa.

La creación de espacios bibliotecarios podría paliar, hasta cierto punto, esas ausencias y carencias. No sería en absoluto una solución definitiva, pero abriría la puerta a varias

posibilidades interesantes: opciones de lectura, de conferencias, de cursos y talleres, de charlas, de cuenta-cuentos y pequeños espectáculos, de cine-club, de exposiciones... Y de interacción entre distintos actores que ahora mismo no siempre tienen oportunidades para conectarse. Una biblioteca es una excelente herramienta para fortalecer el tejido cultural e identitario de una comunidad y, con ello, el propio tejido social. Ha demostrado su eficacia en esa tarea a través de miles de experiencias desarrolladas, en el caso de América Latina, en muchos y muy diversos contextos. Muy bien podría hacerlo en las Galápagos.

Entre la multitud de consejos, advertencias y recomendaciones que recibí antes de venir a radicarme aquí, hubo una muy curiosa: "vas a estar a mil kilómetros de la librería más cercana". Es verdad: en las Galápagos no hay librerías. Ni una. No es lo único que falta: es más fácil conseguir unas aletas de buceo que un CD, un periódico o una revista. La vida se abre camino, y la cultural no es la excepción: los jóvenes descargan música a través de sus teléfonos celulares, los adultos escuchan la radio, todos leen los periódicos a través de sus computadoras, y la televisión ofrece entretenimiento barato a todas horas. Pero es necesario darle una vuelta de tuerca a todo eso, dirigirse al siguiente nivel, abrir más horizontes, crear expectativas...

En especial si se desea sustentar una política de conservación sólida en las islas.

Porque, como ya apunté antes, la conservación es un proceso social. Y ese proceso no puede desarrollarse —no puede desarrollarse *exitosamente*, me apresuraré a aclarar— si no existe información apropiada. Si no hay una educación ambiental bien diseñada y sustentada, si no hay una discusión acerca de modelos productivos basada en conocimiento pertinente, si no hay un debate a todos los niveles acerca del tipo de vida que se desea desarrollar en el archipiélago, analizando oportunidades y peligros, faltas y problemas, fallos y vacíos, memorias y saberes, experiencias y esperanzas, miedos y recelos...

Y en ese proceso social, de debate y construcción (y, por qué no, de deconstrucción), la biblioteca debería ser una pieza clave.

Isabela PaPIS - Tours Welcome
Se Saca copias de llaves
PAPISTOUR
VOLCANSIERRANEGRA
Cola Agua Gaseosa
Muro de las Lágrimas Cueva de Sucre
WBA-653

IX

Durante los días que me quedo en tierras isabeleñas paso todo el tiempo de acá para allá. Visito las escuelas locales, me presento a los guardaparques en sus oficinas, me reúno con una delegación de la asociación local de guías naturalistas, conozco a un colectivo de madres de Villamil, charlo con la gente en los restaurantes y comederos, pido opiniones, escucho anécdotas...

Todas las personas con las que hablo, de una forma o de otra, terminan por expresar sus acuciantes necesidades de libros, de documentos, de información actualizada... Las escuelas no cuentan con bibliotecas, el Parque Nacional tampoco, y la biblioteca municipal lleva cerrada tanto tiempo que algunos ni siquiera recuerdan que alguna vez existió. Las iniciativas para crear una, por distintos motivos, han terminado fracasando o siendo olvidadas.

A pesar de todo, la vida sigue impertérrita en la isla, con la llegada de turistas al muelle todos los días, con el trabajo de los pescadores, con las "chivas" subiendo y bajando a la parte alta y parando para dar paso a las iguanas, con los jóvenes yendo a surfear a Playa Larga... Muy bien podría continuar sin una biblioteca, fija o móvil, grande o pequeña, especializada o no. Así lo ha hecho durante años. Esa es la opinión de algunos políticos locales, de hecho: una biblioteca es una inversión a fondo perdido, un esfuerzo malgastado, una tontería idealista que no conduce a ningún sitio. Conozco esas opiniones, llevo toda la vida escuchándolas. La mía es que la vida muy bien podría continuar con una biblioteca. En realidad, *podría continuar muy bien* con una biblioteca, especialmente si ese espacio, sus servicios y sus actividades se diseñan respondiendo a las características del territorio, a las necesidades de la población, a los requerimientos de sus docentes y actores culturales, a las dudas de su colectivo trabajador, y a las urgencias de sus mujeres y sus ancianos.

Los caminos que puede abrir una biblioteca en general, y en Galápagos en particular, son innumerables. Es capaz de desplegar todo un abanico de posibilidades, algunas de ellas bastante insospechadas. Los "por qué" y los "para qué", habitualmente ausentes en muchas propuestas bibliotecarias, serían en este caso abundantes, complejos, incluso inspiradores. Pero, en una tierra desbibliotecada como esta, hace falta dar un

primer paso previo. Uno básico, elemental, aunque al mismo tiempo fundacional y rompedor, innovador si se quiere. Es necesario traer una pequeña biblioteca, sembrarla aquí y ver qué ocurre.

A partir de eso, y de las reacciones que provoque, y de los muchos diálogos, debates y charlas que seguramente seguirán, y de muchas otras visitas a Isabela, con sus idas y venidas, sus vueltas y revueltas, se podrá ir construyendo, con algo de suerte y mucho de tesón, una estructura bibliotecaria sólida, pertinente y relevante.

O no. ¿Quién sabe?

X

Cuando, una semana después de mi llegada, ya algo dopado por el imprescindible "anautín", enfilo mis pasos hacia el muelle para subirme a la "fibra" que me devolverá a Puerto Ayora, llevo un runrún en el fondo de mi cabeza: una mezcla de las muchas voces que he escuchado, junto a la mía propia y al aluvión de ideas que me han ido surgiendo durante mis caminatas solitarias por las calles nocturnas de Villamil, por las arenas de Playa Larga o por los caminos del Parque Nacional.

También llevo la imagen de una tropa de cangrejos colorados y azules correteando por piedras negras como el carbón, y la de un ostrero volteando lapas en la arena al atardecer, y la de un pelícano enorme que pasó a un metro por encima de mi cabeza en vuelo rasante y casi me mata del susto. Llevo el sabor del *bolón* local —esa delicia hecha de plátano horneado, machacado y amasado con queso y chicharrón— y el del agua de un coco que me bebí en un destartalado barcito playero, mientras escuchaba

las historias de un grupo de isabeleños que bebían cerveza y caña manabita. Llevo también las lágrimas que se me escaparon cuando estuve frente al "Muro de las Lágrimas", una descomunal muralla de rocas volcánicas alzada por los prisioneros que vivieron en la colonia penal de Isabela hace medio siglo, y que allí murieron, víctimas de malos tratos, negligencias y olvidos.

Y llevo la esperanza de que una biblioteca pueda ayudar, de alguna manera, a recoger todo eso, todos los lugares y las vidas, todas las redes de saberes y recuerdos, todas las historias, y salvaguardarlo para las generaciones que están por llegar, y utilizarlo para las que están luchando ahora.

Apoyado en la baranda de madera del muelle, mientras espero la llegada del taxi acuático y miro distraídamente los movimientos elegantes de una tortuga marina que asoma su cabeza para respirar, decido que vale la pena intentarlo, y que un sistema de bibliotecas móviles —*bibliotecas viajeras*, las llamaré, definitivamente— puede llegar a ser un buen puntapié inicial. La tortuga se zambulle, y yo comienzo a bajar la rampa hacia el bote que ya está llamando a los viajeros.

XI

Corren los últimos días de septiembre de 2019. Parto rumbo a Isabela. Coincidencia: la "fibra" que me toca en suerte es la *Cally*, la misma embarcación en la que inauguré mis visitas a aquella isla. A mi lado llevo la primera "biblioteca viajera" que va para allá: una enorme maleta de color gris oscuro, con su asa extensible y sus ruedas, cubierta por un protector de plástico transparente en el que figura, adherido, un logotipo con libros y gente y animales galapagueños y el mensaje *Bibliotecas viajeras | Travelling Libraries*.

El día está gris. El cielo está cubierto por unas extrañas nubes bajas y solo hace un rato ha dejado de lloviznar. Paso por los controles biosanitarios para entrar al muelle, y me pongo a esperar la salida de mi lancha. Debajo de los gruesos postes del embarcadero nada un puñado de tiburones de arrecife de punta blanca, y un cardumen de pequeñas rayas doradas pasa moviendo sus aletas de una forma tan sincronizada que parece que

hubieran ensayado aquel movimiento grupal. Cuando alzo la mirada del mar y la poso en el enorme telón grisáceo que me rodea, veo el vuelo de las garzas blancas. Pasan todas las mañanas, hacia las seis, puntualmente. Se despiertan en los manglares de la costa y, en pequeños grupos, se dirigen hacia las tierras altas, para alimentarse allá. Son como trazos de tiza, trayectorias albas que no dejan estela. A las seis de la tarde, puntualmente, harán el recorrido inverso. Así será todos los días de todos los meses de todo el año, recordando a todo el mundo el significado y el valor de los ciclos naturales. Pienso para mí que los humanos no son tan diferentes: basta revisar nuestras bibliotecas. Ocurre que no siempre tenemos la perspectiva suficiente para notarlo.

Finalmente, llaman a los pasajeros de la *Cally*, y me subo al taxi acuático que nos lleva desde el muelle de Ayora hasta la lancha. Los pasajeros que comparten el bote conmigo me miran, curiosos.

—¿Ahí adentro van libros?— termina preguntándome uno, señalando la maleta que me acompaña.

Asiento mudamente, con una media sonrisa.

—¿Cuántos caben?— quiere saber el de al lado, un muchacho joven.

Respondo que en ese momento viajan unos 40. Pero que todo depende del tamaño de los libros. Y de cómo se organicen.

—Qué chévere que vaya a haber una biblioteca en Isabela— me responde. Los castellano-hablantes presentes asienten y sonríen, algunos hacen comentarios entre ellos. Y yo me siento bien. No he tenido que escuchar que los libros no sirven, que a los jóvenes les vale un cuerno la lectura, que para qué me esfuerzo... Por el contrario, veo miradas de ánimo.

No es mal comienzo. Ya veremos hacia donde nos lleva este camino.

Epílogo

Agosto de 2022. Anoto estos párrafos en Isabela, otra vez. Estoy sentado frente a un mar revuelto, cobijándome de la llovizna bajo un mangle rojo que hunde sus raíces elásticas, como si fueran dedos, en una mezcla de arena y barro. A cuatro metros de mí, una enorme iguana marina avanza rápido hacia su guarida, ignorando totalmente mi presencia, y en el barro a mi izquierda, una tropa de cangrejos fantasma no la ignora en absoluto: desde sus guaridas subterráneas me muestran sus pinzas liliputienses de forma amenazante.

Después de todo este tiempo, la naturaleza galapagueña no deja de asombrarme. La gente tampoco. De hecho, creo que es la fauna más interesante de este lugar. La que más tiene para mostrar y para contar.

Todo el territorio, en realidad, tiene mucho para decir, más allá de las ya gastadas evoluciones, biodiversidades y conservaciones. Hay muchas lecciones que aprender, obtener y compartir. En mi camino hacia este punto de la costa isabeleña crucé mis pasos con los de una descomunal tortuga que andaba por los senderos del Parque Nacional. Se tomó más de media hora en superar un pequeño obstáculo. Sin embargo, no parecía apresurada: a sus 100 o 120 años —tal edad le calculé a partir de su tamaño— era consciente de que el tiempo no es más que un accidente.

Aquellos que trabajamos con la memoria de los pueblos y con los saberes del mundo también somos conscientes de ello.

Imitando esos pasos lentos, el universo bibliotecario galapagueño ha comenzado a andar. El camino hasta aquí, hasta este momento en el que escribo, ha sido largo. Y eso que no ha hecho más que comenzar.

Describirlo completamente tomaría mucho más que unas páginas. Baste decir que hoy por hoy, el programa "Bibliotecas viajeras" se encuentra presente en escuelas de las cuatro islas habitadas de las Galápagos. Logró llevar la primera biblioteca a Floreana e implementar el primer servicio bibliotecario en la Unidad de Educación Especial de

Santa Cruz. Ha colaborado estrechamente con los docentes para proporcionarles materiales pertinentes de acuerdo a sus necesidades, y está ampliando su alcance con la recopilación de documentos específicamente destinados a la educación ambiental. Asimismo, busca colaborar con otros segmentos de la población local, incluyendo guardaparques y guías naturalistas. Todo eso se ha logrado a través de un intenso diálogo con todas las partes, manteniendo una actitud abierta y, especialmente, una visión amplia del significado del término "biblioteca" en las islas.

En la ECChD, el perfil de la "G. T. Corley Smith" fue cambiando de manera progresiva. Además de haber sumado un archivo y un museo a su área, y de haber abierto una ventana en la red de redes a través del proyecto digital *Galapagueana*, actualmente ofrece una amplia variedad de servicios, además de los estrictamente científicos: promueve actividades de ocio (incluyendo la lectura de literatura), abre sus puertas a la comunidad, y genera espacios de lecto-escritura para académicos y no-académicos.

La "Biblioteca Galápagos para el mundo" de Puerto Ayora fue recuperada en 2019 y en la actualidad continúa activa. Y se espera que la biblioteca del CEA de la FCD en Puerto Baquerizo Moreno reabra sus puertas pronto.

Finalmente, a inicios de 2022 se inauguró una librería en Puerto Ayora. El gusto por los libros parece resultar contagioso…

Cada vez que salgo de la ECChD en dirección al muelle arrastrando la maleta-biblioteca de turno, ya son muchos los que me saludan y festejan. "¿Para dónde vas esta vez?", quieren saber. "¡¿Ya sale otra?!", comentan algunos, sonriendo. "Imagino que irás de anautín hasta el cuello", bromean los que me conocen. Que un proyecto de este tipo se convierta en parte del paisaje y de la realidad local resulta tan importante como satisfactorio.

Supongo que aún queda demasiado camino por recorrer hasta alcanzar mi meta inicial: crear una red bibliotecaria galapagueña básica. Sin embargo, los primeros pasos ya han sido dados. De aquí en adelante, todo es cuestión de seguir caminando.

Y navegando.